



CARACAS  
APARTADO 628

# Revista Venezolana de Orientación

AÑO 22 - No. 217  
JULIO - AGOSTO 1959

## CRISIS

Está de moda el concepto. Se habla de crisis de la sociedad, de la economía, de la educación, de la moral, de la responsabilidad. Más solemnemente se ha llegado a dictaminar: "La cultura occidental está en crisis"; y hasta "La humanidad está en crisis". Un filósofo escribió de La Agonía del Cristianismo en el sentido propio de la voz griega agoné: lucha, combate, crisis.

Si el término crisis significa un cambio notable y decisivo, como decimos al hablar de una enfermedad o un negocio, tendremos que concluir que con las frases aludidas estamos confesando que el mundo actual está viviendo un viraje, un cambio, una transformación. Pero ¿toda la historia de la humanidad no es un continuo hacerse y transformarse? Al hablar enfáticamente de crisis queremos significar que la transformación actual del mundo es o especialmente rápida, o especialmente decisiva.

¿Es justo calificar de crisis el momento histórico actual? Todos tenemos la tendencia a sobrevalorar nuestras vivencias personales. Si la palabra crisis se quiere referir a este momento preciso y determinado de la vida del mundo y de Venezuela, no estaríamos dispuestos a sumarnos a la tesis. En cambio, si se habla de los últimos decenios del mundo y de Venezuela, participamos de la convicción de que se vive una crisis. Esa crisis, básicamente, es crisis de ideas, que son el germen de los hechos. Esa crisis es violenta en el fondo, pero lenta y gradual en su desarrollo, como todas las crisis de la historia. Más rápida ¿tal vez la nuestra, porque contamos con vehículos más rápidos de difusión de ideas; pero en todo caso lenta, orgánica y gradual.

**DEL INDIVIDUALISMO AL COLECTIVISMO.**—La historia genética nos enseña que la vida de los hombres se desarrolla en una suerte de oleaje de curvas históricas.

Para señalar su vaivén en los dos milenios después de Cristo, sabemos que la agonía (la lucha) del Cristianismo, perseguido en los tres primeros siglos del Imperio Romano, supone una ascensión penosa en cuya cumbre debe colocarse el triunfo del cristianismo, a principios del siglo cuarto, con el Emperador Constantino. La curva desciende a lo largo del siglo IV y V hasta la irrupción de los Pueblos Germanos en el Occidente del Imperio.

Sube nuevamente la ola hasta la formación del concepto y realidad medieval de la Cristiandad, bajo el Sacro Romano Imperio Germánico. En la cumbre de la nueva curva histórica están las Cruzadas; y desciende hasta el destierro de los Papas en Avignon a principios del siglo XIV.

En el siglo XIV y XV va formándose en ascenso un nuevo período con las inquietudes libertarias de Marsilio de Padua, las desviaciones dogmáticas de Huss y Wicleff y las rebeldías de los Monarcas Ingleses contra la administración eclesiástica. En la cumbre de ese período están dos hechos: en el orden económico, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, y en el orden ideológico la Revolución Protestante de Lutero en 1521. La curva histórica desciende, en medio de las guerras religiosas de Centro Europa, hasta la paz de Wesfalia. de ese período están dos hechos: en el orden económico, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón; y en el orden ideológico la Revolución Protestante de Lutero en 1521. La curva histórica desciende, en medio de las guerras religiosas de Centro Europa, hasta la paz de Wesfalia.

Meditaciones sobre la  
Era Colectivista

A lo largo del siglo XVIII se forma un nuevo período bajo el influjo de las ideas de los filósofos racionalistas ingleses, franceses y alemanes. En la cumbre está el estallido volcánico de la Revolución Francesa. El mundo que triunfa y se impone en la Revolución Francesa es el mundo liberal, el individualismo liberal.

Hay quienes señalan el descenso de la ola liberal a mediados del siglo XIX, y marcan el ascenso de una nueva era con el colectivismo socialista, cuya explosión sería el triunfo comunista en Rusia y China.

Nosotros participamos de esta persuasión. Creemos que el mundo liberal, el mundo individualista, se derrumba y nace una nueva era de signo colectivista. Dudamos si el nuevo período ha llegado a la cumbre o está simplemente en ascenso. Pudiera pensarse que está en período de ascenso, de conquista. Pero no faltan quienes han dictaminado que está ya declinando, como parecen indicarlo la mitigación ideológica de los partidos socialistas y hasta las graduales concesiones del Comunismo Soviético a la familia, a la propiedad y hasta a la dignidad humana.

Pero un hecho es evidente. Vivimos dentro de la era de la revolución colectivista. El poder de los individuos poderosos, de las grandes familias, ha sido sustituido por el poder de las instituciones. Aún en los países capitalistas o neoliberales se concede cada día mayor intervención al Estado. La misma Iglesia vive una acentuación del concepto del Cuerpo Místico, una exaltación de la liturgia, una revaloración de la oración en plural y del apostolado en equipo.

Venezuela, nacida a la vida independiente en la era individualista, y estacionada en su desarrollo económico y cultural en el período de las dictaduras, se ha incorporado al ritmo de la vida contemporánea desde 1936. Entramos en el concierto de la era colectivista. No tardarán en perder su valor—también entre nosotros—los nombres individuales, símbolo del caudillaje de valores personales o del dinero heredado, para ser suplidos por nombres de instituciones, empresas, bancos, partidos políticos, sindicatos, cámaras y colegios profesionales, prensa, universidad, Iglesia, Estado... No reconocer esta realidad es miopía insensata. Vivimos una nueva era. En este sentido admitimos el concepto y la realidad de la crisis.

**EL APOSTOL ANTE LA ERA COLECTIVISTA.**—Cuando la enfermedad hace crisis, cuando un negocio hace crisis, se vive una hora solemne y angustiosa. Cuando la sociedad hace crisis es lógico que el apóstol viva la angustia.

Las revoluciones tienen su aspecto positivo: lo que crean; y sus violencias de signo negativo: lo que destruyen. Sería casi prodigioso que se diera discusión sin exageraciones, ni revolución sin excesos. El espectador avisado debe sobreponerse a los hechos y saber valorar conquistas y excesos. Es signo de senectud anquilosarse en la actitud lacrimosa de quienes condenan todo lo actual y viven soñando "cómo todo tiempo pasado fue mejor".

La Iglesia vive intensamente cada una de las eras de la historia. Es uno de sus actores centrales. Por ser eterna y por la intensidad misma con que llega a vivir cada período tiene peligro de conservatismo. Resiste a liberarse de los hábitos, estilos y actitudes de la era que fenece. A veces se recibe la sensación de que las revoluciones la desbordan. Esta es una reflexión fecunda para explicarse hechos muy interesantes de la historia de la Iglesia. Hoy mismo se advierte en las filas apostólicas de la Iglesia una suerte de sectores conservadores y sectores revolucionarios. El mismo volumen y extensión del organismo de la Iglesia explica la dificultad de las adaptaciones.

Pero hay en el íntimo tesoro ideológico de la Iglesia—por ser depositaria de la verdad—los más eficaces estímulos para la sintonía inmediata con el mundo colectivista actual y los principios eficaces para su orientación. Como peligro fundamental de la nueva era señalemos su tendencia al desprecio, por reacción, de los valores individuales, y a la sobrevaloración de lo colectivo hasta convertir al Estado en fuente de todo derecho. Lo que ha calificado la literatura moderna con el término totalitarismo. La Iglesia conoce y respeta la dignidad humana, la de cada individuo, libre por naturaleza y responsable de sus actos, centro del mundo, autor de su progreso, beneficiario de la técnica. No es el individuo para el Estado, ni para la técnica, sino la técnica y el Estado para el individuo. Y en esta doctrina tiene la Iglesia el antídoto del más inmediato peligro de la era colectivista: el totalitarismo.

Hablando de los aspectos positivos, la Iglesia es por esencia un ente colectivo, un organismo, una sociedad, con viva conciencia de cuerpo, con una práctica milenaria de oración en plural y de apostolado jerarquizado, disciplinado y en equipo. ¿Qué puede impedirle adaptarse al curso de la era colectivista?

**ERA NUEVA, TACTICAS NUEVAS.**—El apóstol moderno debe detenerse a meditar sobre la orientación de su actividad en el mundo colectivista. Y en primer término descubrir sus características.

Sin pretensiones algunas de agotar el tema, ni tal vez alcanzar a señalar lo más expresivo y esencial, enumeramos algunas de esas características de nuestra era.

El avance inexorable de una común idea del mundo, con tendencia a convertir la humanidad en una civitas única y aun uniforme.

La rapidez vertiginosa de la vida.

La idolatría de la ciencia y de la técnica.

Un criticismo demoleedor y esencialista.

La utilización, sabia y técnica, de la organización disciplinada y centralizada.

Radomiro Tomic, el brillante político, pensador y orador chileno, decía en una conferencia pronunciada en el mes de enero de 1958:

“Sólo ahora en el siglo XX, por vez primera en la historia humana, se ha difundido y se difunde cada vez más una común “idea del mundo”, o lo que es lo mismo, una escala de valores compartida, o dicho aún de otra manera, un tipo de civilización que interpreta simultáneamente los anhelos de blancos, amarillos y negros; de creyentes, agnósticos y ateos; de viejos y nuevos pueblos; de los poseedores y de los desposeídos, y que da origen, definición y sentido al mundo desarrollado y al mundo subdesarrollado.

Para bien o para mal, la llamada civilización occidental—esta cultura de origen greco-latino-cristiano “que ha dejado de ser virtualmente cristiana” en frase de Maritain—ha conquistado la mente de los hombres que pueblan la tierra entera y ha determinado una escala de valores que impulsa a China a reemplazar el alfabeto milenario y a trazar como el supremo programa nacional, superar a Gran Bretaña en la producción industrial para 1970; que ha hecho libres, independientes y soberanas a 16 naciones en Asia y Africa, con 800 millones de habitantes en los últimos quince años; que mueve al comunismo—“una herejía cristiana”, como ha sido llamado por Toynbee en su obra “Rusia y el Occidente”, y que Lenin definió como el “colectivismo más la electrificación”—a imponer un estado de máxima tensión institucional para obtener la óptima eficiencia económica. Son los mismos estímulos, es la misma “idea del mundo” que anima los esfuerzos de los Estados Unidos por una producción siempre creciente y por niveles de vida siempre más altos; a la Europa Occidental, heredera directa del Renacimiento y la Reforma, que desencadenaron esta nueva imagen del hombre y de su destino terrenal; a los 180 millones de latinoamericanos absolutamente partícipes de la idea norteamericana sobre el progreso; a la India que reemplaza la rueda de hilar de Gandhi por las usinas de acero y los planes quinquenales de Nehru.

Todos en todas partes están rápidamente queriendo y exigiendo cada vez más insistentemente las mismas cosas. Es decir, alimentación suficiente; vivienda adecuada; acceso a la educación; condiciones sanitarias y niveles de ingreso que permitan dar satisfacción a estas necesidades y exigencias que definen típicamente la gran civilización unificadora de esta etapa humana.”

Hasta aquí la disertación de Tomic. Añadamos que el hombre de todos los continentes lee cada mañana las principales noticias del mundo entero; levanta pedestales a ídolos universales de la ciencia, del cine y del deporte; hace guerras mundiales; conquista descubrimientos que inmediatamente pasan a ser patrimonio universal...

Vinculado a la primera característica está el hecho de la rapidez vertiginosa de la vida moderna. El motor, las vías aéreas, la radio, la televisión, han creado un auténtico vértigo, que nuestros antepasados, de ser transportados a una ciudad moderna, calificarían de locura colectiva. Esa rapidez tiene sus ventajas y múltiples aspectos negativos. El más grave, la dificultad de pensar serenamente, de meditar con sosiego, de “gustar las cosas internamente”.

Como las ciencias naturales y las ciencias exactas han sido la base de la transformación moderna del mundo, el hombre contemporáneo corre riesgo inminente de caer en la idolatría de la ciencia y de la técnica. Los intelectuales rusos, que visitaban la Exposición Mundial de Bruselas, delataban claros indicios de ese culto. Quien niega a Dios, crea sus propios ídolos.

La tendencia a hurgar en las últimas causas de los fenómenos físicos, y el hallazgo de la razón de múltiples misterios de la naturaleza, hace al hombre de nuestra era refractario a los misterios. Aborda todo problema con un afán de llegar a la esencia de las cosas. Nosotros definiríamos esta tendencia con el nombre de criticismo esencialista. ¡En un mundo en que tanto atormentado y degenerado—rezagado de la era individualista—vive la filosofía esencialista!

Finalmente el hombre de la era actual trata de explotar exhaustivamente el poder del trabajo en equipo. Y uno de sus ídolos y de sus resortes es la organización disciplinada y centralizada.

Estas características de nuestra era pueden ser puntos de saludable meditación para el apóstol moderno. Ellas explican muchas directivas de los últimos Pontífices y justifican prácticas recientes de eficacísimos apóstolados.

Los Papas quieren que los católicos participen vivamente en las organizaciones internacionales de carácter mundial. Así el gran apóstol seglar Veronese ha llegado a la Presidencia de la UNESCO.

Es evidente que si ayer se predicaba una misión parroquial, hoy un orador eminente puede hablar por la radio a una o varias naciones y casi al mundo. Un mismo día y a la misma hora puede recibir el mundo entero una consigna de acción del Vaticano.

La movilidad del apóstol moderno—evocamos al P. Lombardi—no tendrá las características de San Pablo en el mundo greco-romano; las de San Bonifacio en el mundo medioeval, de San Francisco Javier en los umbrales de la era moderna, ni las de San Bosco hace un siglo. El púlpito de mármol o de talla de nuestras catedrales podrá suplirse con ventaja con los estudios de una Radio o una Televisora.

Los fieles de nuestros días necesitan una formación religiosa más sólida y profunda contra los embates del materialismo y del criticismo esencialista. No podemos quedar indiferentes ante el peligro de que en la carrera de la cultura de tipo pagano el esfuerzo de la formación religiosa quede rezagado. Todos tienen derecho y alcanzarán muy pronto la instrucción elemental. No extrañemos que nuestros fieles, hijos de una era de criticismo esencialista, pregunten la razón de todas las cosas: ¿Por qué se dice la misa en latín? ¿Por qué se usan los hábitos religiosos? Pío XII inició un camino de modernísima revolución en muchos de sus decretos, como la mitigación del ayuno eucarístico.

En el importantísimo aspecto de la organización urge una autocrítica de nuestros métodos. Es resabio individualista hablar de mi obra, mis pobres, mi organización. Habrá que conceder valor primario a la formación de dirigentes en todas las escalas, desde el sindicalista hasta el gerente de empresa. Exiguos equipos de dirigentes controlan las organizaciones. En la educación habrá que comparar la eficacia de un colegio de ricos con la de las escuelas profesionales y las normales. Son ejemplos aislados de los muchos que pudieran escogerse.

Merece, sobre todo, especial atención este hecho. ¿Por qué la Iglesia, gigantesco organismo, con una autoridad central en el Vaticano de carácter monárquico, con una detallada demarcación de diócesis y parroquia, con ejércitos ejecutivos tan poderosos como las órdenes y congregaciones religiosas de ambos sexos, con legiones de apóstoles seglares organizados y fervientes, con millones de fieles, como los miembros del Apostolado de la Oración, con una plegaria común de proyecciones apostólicas en los labios..., aparece a las veces menos eficaz en sus consignas de acción que el comunismo? Sería ingenuo reconocer mayor mística a los dirigentes comunistas que a nuestros apóstoles seglares y religiosos.

El Padre Lombardi ha disertado por todo el mundo, con unción y elocuencia admirables, sobre este tema. Alguna explicación sería que es más fácil—después del pecado original—la propaganda del mal que la predicación del bien.

¿No habrá fallas de adaptación a la realidad de nuestra era?

Una cosa es evidente. Merece la pena detenerse a meditar sosegadamente sobre nuestra actitud apostólica ante el nuevo período colectivista que vive el mundo.

M. A. E.